



## CAPÍTULO XI

### El cura de Zacapoaxtla denunciando complots

**E**LA velada había sido larga y penosa. Comonfort, contra su costumbre, parecía poseído de inmensa agitación. Iba, venía, hablaba con gentes de todas clases, escribía largas cartas; no se daba punto de reposo.

La noche, aunque fría, no lo era tanto que ameritara el brasero que permanecía encendido dentro de la pieza, ni mucho menos la capa con nutria que se había tapado don Ignacio. *Coleaba* los cigarrillos con actitud febril, se movía de allá para acá y parecía meditar largamente.

En una de las ocasiones que abrí la puerta de su aposento, me dijo:

— A las dos tiene que venir un desconocido que subirá

por la escalera que queda cerca de la puerta Mariana. Hágale usted pasar enseguida.

Como con reloj se presentó á las dos de la madrugada



un tipo alto, grueso, envuelto en gran capa, el cual me dijo estaba citado por el Presidente.

Le hice entrar, permaneció dentro como una hora, y al cabo del tiempo salió acompañado del propio General.

Dormitaba yo sobre un sillón cuando regresó Comonfort, y después de abrir la puerta de su estancia, me llamó. El aspecto de inquietud, de tristeza, quizá de desesperación

que le había notado, estaba muy lejos de él; le vi alegre, comunicativo, decidor como pocas veces le había encontrado.

— Siéntese y vamos charlando un poco, que no todo

ha de ser *catatufas* y formalidades oficiales. ¿Sabe quién era el sujeto que acaba de salir?

— No, mi General.

— Pues es un famoso revolucionario.

— ¿Osollos tal vez?

— No; Osollos es joven, bien presentado, buena cara, y sobre todo no había de ser quién viniera á mí; heredó lo vizcaíno de su padre, y primero haré transigir al mismo arzobispo Garza que á ese muchachuelo al parecer insignificante.

— Le conozco, señor, le vi en casa de la señora Ruiz de Esparza.

— ¡Ah, sí, de Anarda!... Pues precisamente enviado de ella era ese sujeto alto, *apastón* y sin gracia que acaba de salir. Es un jefe conocidísimo...

— ¿Orihuela?

— Poco menos.

— ¿Güitián?

— Casi, casi.

— ¿Olloqui?

— Cerca le anda.

— ¿El cura de Totocapan?

— ¡Que se quema!

— No atino.

— El cura de Zacapoaxtla.

— ¿Ortega?

— Don Francisco Ortega y García, el mismo que viste y calza.

— ¿Y qué vino á hacer aquí ese bicho venenoso?

— Verá usted. Hoy recibí un papel suscrito con iniciales y concebido en estos términos: «Si usted me da palabra de recibirme á solas, y de que he de salir de palacio salvo é ileso, iré á ver á usted esta noche á la hora que me señale, y le daré un aviso que importa mucho á su vida.» Contesté de mi mano: «Doy á usted la palabra que pide; puede usted venir á tal hora y subir por tal escalera y será recibido conforme á sus deseos.»

Como usted vió, estuve puntual á la cita; pero al salir me encontré con un desconocido. «¿Estamos solos?», me dijo. «Enteramente solos», respondí. «¿Nadie nos oye?» «Nadie; puede usted decirme lo que guste.»

Entonces el desconocido dió una vuelta por el aposento, se asomó á las ventanas, levantó las cortinas, escudriñó con mirada inquieta todos los rincones, y dijo al fin: «No estamos bien en esta pieza.» «Pues pasaremos á otra», respondí, y entrando en la inmediata, delante del hombre, tomé asiento y le dije: «¿Le parece á usted que estaremos bien aquí?»

El misterioso personaje hizo en aquel aposento lo mismo que había hecho en el primero: lo recorrió en todas direcciones, miró á todos lados, aplicó el oído á los rumores que venían de afuera, y no dándose aún por sa-

tisfecho de la soledad que allí reinaba, dijo en el mismo tono que antes: «Me parece que tampoco aquí estamos bien.»

Entonces abrí la puerta del aposento contiguo y entré á él con mi interlocutor, no sin ocurrírseme que podía ser aquello una celada y que me encontraba solo y desarmado delante de un hombre cuya extraña conducta era más propia para infundir recelos que confianza en esta época de rencorosas pasiones. Resuelto, no obstante, á llevar á cabo aquella aventura, dije al desconocido, que me pedía excusas por su impertinencia: «No tenga usted cuidado, que en Palacio sobran aposentos, y al cabo hemos de encontrar alguno que le guste á usted. Vea si éste le acomoda, y si no buscaremos otro.»

Tendió el hombre su mirada escrutadora por todas partes y dijo: «No se moleste usted más, señor Presidente, porque creo que aquí estamos bien.» Y sentándose frente á mí, abrió la conversación con esta pregunta: «¿Me conoce usted á mí?» «No, señor», respondí. Insistió en la pregunta recomendándome que le mirara bien y repetí: «No, señor, no me acuerdo de haber visto á usted nunca.»

Calló un instante y preguntó en seguida: «¿Ha oído usted hablar del cura de Zacapoaxtla?» «Demasiado, respondí con tono festivo, como que es uno de los eclesiásticos que me han hecho más cruda guerra.»

El desconocido dijo entonces:

— Yo soy el cura de Zacapoaxtla (1).

La noticia era para sorprender á cualquiera. Aquel eclesiástico revoltoso, el tipo, el padre, podría decirse, de toda la serie de bandidos que confundiendo la religión con el pillaje se lanzan al robo y á la matanza echando bendiciones con el mosquete y asestando golpes con el crucifijo, lo es el cura de Zacapoaxtla. Levantó antes que nadie el estandarte de rebelión en favor de los fueros, entró á Puebla con sus huestes como los clérigos batalladores de la Edad media, se rehusó á que se le comprendiera en la capitulación, y cuando nadie sabía su paradero, se encuentra hablando mano á mano con el Presidente de la República... ¿Verdad que es gracioso?

Pues no paró ahí todo. Me comunicó, dándome santo y seña, todos los detalles de una conjuración que tiene por fin acabar con mi persona y con el régimen; me dijo el empleo y calidad del jefe comprometido á asesinarme, y sólo se guardó el nombre del culpable.

— Bien, le pregunté; pero ¿qué mueve á usted á hacerme esa denuncia, cuando quizá usted saldría ganancioso si el plan se pusiera por obra?

— Hay una familia que debe un gran servicio á usted, y á quien yo debo también muchos favores. Esa familia consultó con la señora Ruiz Esparza, acerca de la manera

(1) Los diálogos son auténticos.

con que debería dar cuenta de todo á usted, y la señora doña Anarda dispuso que fuera yo quien viniese á avisarle lo que se trama. Ahora, dijo levantándose, reclamo el cumplimiento de la promesa que usted me hizo.

Salimos juntos, y al llegar á la cruz del atrio de la Catedral, nos detuvimos. El cura me suplicaba que me retirara; pero considerando que podría correr peligro, lo acompañé otro rato por Tacuba y Santa Clara. Ya cerca del convento nos paramos; yo me volví á Palacio, y el rebelde ganó el lugar donde se ocultaba á las miradas de la policía.

Y no es el único caso en que Anarda me ha ayudado. Días pasados me reveló la conspiración de San Francisco, dándome noticias indudables, yendo de noche al palacio de Tacubaya... Usted habrá visto el tremendo papel que acaba de aparecer: de ladrón, desuella-caras y perro judío no me bajan medio dedo. Pues por Anarda sé que quien lo escribió, fué el famoso don Manuel Díez de Bonilla... ¿Que cómo lo averiguó nuestra amiga? Muy sencillamente... En días pasados oyó que hablaban su cochero y una vieja sobre algo que interesó á la señora: llamó á su criado y le preguntó quién era aquella mujer y qué le había contado. Ramón, así se llama el conductor del *bombé*, dijo que la mujer era su hermana, que servía en casa del Licenciado Aguilar y que un señor que visitaba de ocultas la casa, todas las noches, había leído un papel

que había sido celebradísimo y coreado con risas y chacotas. Anarda supuso que se trataba de Bonilla y así me lo comunicó; hoy lo he confirmado plenamente, y aquí tiene usted el pasquín: es la sarta más grande de injurias que puede dirigirse á un hombre...

— Supongo que ya estará en la cárcel don Manuel, dije después de leer el libelo.

— No, prefiero no violar su asilo, que es la casa de un amigo mío muy querido. Y mire usted que Anarda siente interés por usted.

— ¿Por mí, señor?, dije incrédulo.

— Por usted, sí. La semana pasada, estando en San Angel, oyó contar á una señorita que había tramada una conjura con el fin de secuestrarme. El plan consistía en atacar mi coche á la hora que yo llego al palacio; pero para eso era menester asegurar primero á mis ayudantes matándolos con toda crueldad... No durmió Anarda, y al día siguiente, muy temprano, se plantó en mi casa para contarme todo. «Claro, me refirió con ingenuidad, que celebraré mucho no logren aplicar á usted el sistema acabado de estrenar que ha traído ese español llamado Cobos; pero más me importa que al intentar *plagiar* á usted, no escabechen á Juanito Pérez, que quizá le acompañe el día crítico.» Hechas las investigaciones, se logró descubrir que cuanto habían dicho á la señora era la pura verdad, y que la conspiración estaba ramificada y madu-

rada con suma habilidad... Y he aquí cómo ha sido usted la causa de que todo se conozca á tiempo.

Rato hacía que la palabra sencilla de aquel hombre, su confianza y su bondad me habían impresionado; pero cuando oí la última aventura comprendí que ni yo tenía razón para celos, ni Comonfort podía dármelos, y que las entrevistas de Anarda con el Presidente, su conducta misteriosa conmigo y todo lo acontecido, tenían explicación naturalísima.

Sentí deseos de confesar todo á don Ignacio, de contarle mis veleidades, mis propósitos de unirme á sus enemigos; pero él no me dejó tiempo para nada.

— Vámonos, me dijo, que ya es tarde; y tápese bien que está *aleando la grulla*.





CAPÍTULO XII

Empieza el conflicto

**L**A esquila de Anarda, que recibí al día siguiente, me dejó frío:

«Venga usted acá, rezaba, conspiradorcillo y enemigo del orden establecido, que tenemos que hablar; le aguardo á las diez.»

Llegué cuando hube concluído mi guardia, y me encontré á mi linda amiga llena de preocupación y tedio.

— ¿Conque usted se reúne con el padre Miranda y socios para conspirar contra el Gobierno?... ¡Pobre Comafort! no tiene un amigo de quien echar mano; no puede hacer confianza de nadie... ¿Conque usted está ofendido contra él? Pues es gracioso; de todos creería yo que tuvieran agravios, menos de usted... Pero, en fin,

ya que tuvo el buen sentido de volver sobre sus pasos queda absuelto... Ahora tenemos novedad: acabo de saber que Puebla se ha pronunciado nuevamente, y tengo la mortificación de que mi hijo Pedro esté al lado de Miramón, porque Miramón fué quien se alzó con la plaza... Verá usted si se necesita valor: Miguel se puso de acuerdo con un capitán Campos, de no sé qué batallón ó regimiento. Una noche, al salir del teatro, Pedro, que es muy tracista, fingió que venía borracho, acudió uno de la policía para llevárselo á la cárcel;



pero Miramón, con buenos modos, le hizo notar que el muchacho era militar y que á donde debía llevarlo era á su cuartel... El pobre lo creyó, hizo que se abriera el principal, situado en palacio, y que se recibiera presos á Miramón y á Pedro. Campos, ya de acuerdo, levantó en las armas á la tropa que había quedado abajo, mien-

tras mi hijo, con una pistola puesta al pecho del oficial de guardia, le obligó á dar el santo... Miramón, que tiene grandísimas simpatías entre la tropa, alzó en un momento todo el cuerpo... Después ellos y la oficialidad conservadora se apoderaron del cuartel de artillería; pusieron preso al Comandante general, García Conde; hicieron rendirse á la tropa fiel, y á la fecha les tiene usted dueños de Puebla...

— Sabía el caso aunque no con detalles, pues ayer se dió cuenta de él al Congreso. Inmediatamente, según dicen, se pensó enviar á Comonfort un voto de confianza, y se mandó una comisión que zanje las dificultades que pueda haber entre los legisladores y el Gobierno, y que acabe con las disidencias que ha provocado el negocio Vidaurri...

— Está bien; pero algo hay que á mí me toca personalmente, y es la obstinación de mi hijo Andrés en marcharse á Puebla contra los pronunciados... Si el otro muchacho no estuviera allá, menos mal; pero ¿puedo consentir en que hagan dos hijos míos el papel de Atridas?

— Usted puede hablar al Presidente y conseguir que se destine á Andrés á otra parte.

— Claro que puedo; pero si logro mis deseos, el chico, que es de la piel de Judas, se marchará á engrosar una gavilla cualquiera de tropas irregulares, y quedará en peores condiciones.

— ¿Y por qué tiene Andrés ese prurito de ir contra la ciudad en que está su hermano?

— No sé; Andrés es bueno, cariñoso, lleno de entusiasmo y de energía juvenil; pero ahora, de seguro por causa de estas malditas discusiones políticas, la ha tomado contra su hermano y le ve como un enemigo personal...

— No es para tanto, señora; no hay para que se figure usted que sus hijos van á matarse en lucha personal, y que, todavía después de muertos, se han de separar las llamas de las piras que los reunan...

— Todo lo temo, Juan, todo lo temo, porque, aun cuando no lo parezca, nunca he tenido buena suerte... Pero, hablemos de otra cosa: ¿por qué no ha venido usted?... Mi marido, que es tan seco y tan adusto, no hace sino preguntar por usted: «¿Y La Llana no ha venido?»—«Hija, ¿qué sabes de La Llana?»—«El amigo de ésta, La Llana, es un chico muy gracioso y muy bien educado.» En fin, que le ha llenado usted el ojo.

— ¿Que por qué no he venido? Eso demasiado lo sabe usted. Merced al Presidente sé que el objeto de sus visitas al palacio de Tacubaya es político y no de otra clase, y que usted se dedica al descubrimiento de conspiraciones; pero yo no podía figurármelo, no podía estar en autos de todo...

— «Con asombro de mirarlo, con admiración de oirlo», le digo que no entiendo una palabra de esas cosas. ¿Que

no venía usted porque yo estaba ocupada de los que usted llama asuntos políticos, y que juzga de otra clase? Pues debe saber que ahora y siempre he tenido la facultad de hacer lo que me acomoda, y que no sólo siendo usted, como lo es, un extraño; pero aunque fuera mi confesor, mi confidente, mi amante, hablemos claro, le reconocería el derecho de espíarme y seguir mis pasos.

— Es que usted sigue los míos, puesto que se entera de si voy á reuniones sediciosas y de si hablo con este ó con el otro... En fin, creía tener derecho á enterarme de esos pasos de usted, y, quiéralo ó no, los sabré porque...

— ¿Por qué?

— Porque la adoro á usted, porque...

...  
— Pase usted, mi querido Espiridión, pase, que aquí se encontrará á esa mala persona á quien busca.

Y al aparecer por la puerta la carilla arrugada como pasa, los ojos lacrimosos, la cabeza calva y la levita hasta los talones del nunca bien ponderado Ruiz de Esparza, nos quedamos como difuntos, es decir, me quedé yo, que mi compañera creo no se inmutó cosa.

— Hola, señor capitán, ¡qué caro se vende! Que le diga ésta cómo pregunto por usted... ¿Qué tal la salud? Pero antes déjeme que lo presente con mi amigo el diputado don Espiridión Moreno.

Saludé á un caballero alto, blanco de rostro, de her-

mosa fisonomía, serio como un editorial de Zarco y de más palabras de las que hacía presagiar su seriedad.

— Aquí tenemos el patriarca del ateísmo y de la impiedad, dijo Anarda riendo. Amigo Espiridión, crea que me causa miedo. ¿Cómo puede usted comer y dormir teniendo encima tantas censuras y excomuniones? Va usted á hacer que nos caiga un rayo y á traernos muchos daños... Créamelo, La Llana, el otro día dejó la casa con un olorillo á azufre, que ya, ya...

Don Espiridión, que era urbano y comedido, cuando no se trataba de sus asuntos favoritos, se rió de buena gana y continuó conversando.

— Dígame, Moreno, ¿y es cierto que el señor Barajas, el ilustrísimo de San Luis, fué esclavo de la casa de usted?

— Él no, señora; su abuelo ó su padre sirvieron en mi casa, y tuvieron en efecto condición servil.

— Pero venga usted acá, igualitario, comunista, san-simoniano y hombre tremendo, ¿cómo, si eso pasó, tiene usted tanta satisfacción en decirlo?

— ¿Satisfacción? No, señora; ni me alegro ni me entristezco de que eso haya pasado... Mejor para él si logró sobresalir y llegar á persona.

— ¿Y le ha vuelto á ver usted?

— Sí, señora; por cierto que le dí una lección como para él solo. Fuimos hace ocho ó diez años todos los electores de Jalisco á elegir Gobernador á Guadalajara... El

nombrado, me parece que fué Cumplido... Cuando marchábamos en cuerpo á oír la misa de gracias, que se cantó en la Catedral, salió un monaguillo á darnos agua bendita... Yo, que sabía bien que aquello no se debía hacer, despedí al muchacho diciéndole: «Dile á Barajas que venga, que al fin aquí está su antiguo amo.»

— ¡Qué barbaridad! ¿Y qué hizo don Pedro?

— Salió, nos hizo una reverencia sin darse por entendido, y luego de pasada la ceremonia, fué á visitarme.

— Pues me parece que quien sufrió la lección fué usted.

— Sin embargo, no sé por qué me llaman sañudo y rencoroso. El cuarenta y ocho escribió el doctor Covarrubias un tremendo papel en mi contra, el cual se llamaba *Mordaza y freno para el diputado Moreno*.

— ¿Y qué contestó usted?

— Nada; Covarrubias se enfermó y murió al fin y detuve la publicación de mi respuesta, que se llamaba *Rayos, centellas y lluvias para el loco Covarrubias*.

— ¡Vaya unos títulos graciosos y retumbantes! Valen la pena de que usted me los copie. ¿Y qué tal el Estado del centro, Espiridión? ¿Insiste usted en que esta corrupción babilónica y sardanapalesca de México haga daño á los poderes de la nación, y cree que el Distrito Federal deba cambiarse á Lagos? Denos usted explicación de esas cosas, porque me muero de ganas de saber cómo se desenvolverá usted para sacar adelante su sistema.

— La verdad es, señora, que me dirige usted tantas preguntas, que necesitaría ser el padre Ripalda para contestarlas. En efecto, creo que mejor estaría el Distrito en un lugar donde las diversiones, los placeres y la vida de sociedad no quitaran el tiempo y la atención á los que tienen que tratar los asuntos públicos. En cuanto á que Lagos fuera capital de un nuevo Estado, lo vería con muy buenos ojos; al fin es mi tierra y la prefiero á París y Londres, que, como usted sabe, he visitado y conozco.

— Bien hablado.

— Esta es mi opinión.

— Más precia el ruiseñor su pobre nido... ¿No es cierto?

— Sí, señora, cabal.

— Pase usted, Pancho, pase usted, informal y rey de los informales, que por estar soltando de esa boca discursos sobre todas las materias y crónicas de todas las cosas, olvida á los amigos.

Zarco, porque era él, se inclinó ante Anarda, nos dió la mano á todos y se sentó cerca de Moreno.

— Aquí tiene usted al hombre de Rousseau, al famoso Espiridión Moreno, que piensa escribir un nuevo tratado acerca de la corrupción que han traído en la sociedad las ciencias, las artes, el dinero, las ciudades y todas esas tonterías con que viven embobados ustedes los varones sin nervio ni fuerza de voluntad. Espiridión, aquí donde

usted le ve, prefiere su pueblo, Lagos, á todos los lugares de la tierra, inclusive Londres y París.

— Y hace muy santamente; al menos yo prefiero, no sólo Lagos, sino Xochimilco ó Tlaxoaco á esas ciudades.

— Jesús, ¡pero qué puritano nos ha venido usted!

— No es puritanismo, señora, es que resuello por la herida. Considere usted si seré desgraciado. Hace días que en Francia hubo una inundación en el departamento del Marne; los franceses que viven en México lo supieron, acordaron enviar socorros á sus hermanos, y yo, como redactor de *El Siglo*, consideré aquello como muy justo y debido y los excité á que formalizaran sus juntas reuniéndose bajo la presidencia de su Ministro. Como si el diablo lo hubiera hecho, ellos aceptaron mi indicación y llamaron al señor de Gabriac, que aquí representa al bendito Napoleón el chico; pero el conde, por sobra de negligencia ó por falta de voluntad, no concurrió á la junta ni se mandó excusar; resultando de ahí que los franceses, enojados, tomaran una determinación, ó mejor dicho, tomaran varias cacerolas, ollas, hojalatas, tenazas, badilas y otras cosas, y con ellas se fueron á dar la cencerrada hache al señor Ministro. Éste se indignó, puso el grito en el cielo, ¿contra los franceses?... no, contra mí que relaté el caso. Y aquí me tienen ustedes acusado de haber ofendido al representante de una nación amiga, y sujeto á gran jurado.

Nos reímos celebrando el caso; pero Zarco, con una formalidad que todavía nos hacía más gracia, nos dijo:

— Pero agüárdense ustedes; no es esa la más negra. Dije en el periódico no sé qué acerca de los contrabandos que se dice que por San Blas introducen los Barron; dije que el último pronunciamiento de Tepic era obra de agentes suyos, y ahí tienen ustedes al aludido, don Guillermo Barron, publicando comunicados en los periódicos y poniéndome como Dios puso al perico: verde y sin poder volar. Dice que me echaron del Ministerio de Relaciones por haber revelado secretos de alta política; me hace cargo de ganar cien pesos; me tacha de pobre y de mal escritor... ¡Cómo ha de ser! Siquiera éste no ha declarado que yo he insultado á Inglaterra, ni á Estados Unidos, ni al Rey de Dinamarca, ni al Emperador de Sobradiza...

Interrumpieron al brillante conversador tres nuevos tertulianos: Pepe Iglesias, Guillermo Prieto y el caballero Lafragua.

A Prieto y á Lafragua ya les conocía; pero no á Iglesias.

Era joven todavía, tan joven que no pasaba mucho de los treinta; pero le comunicaban cariz de seriedad la barba corrida, la miopía incorregible y la calvicie prematura. Por lo demás, en talento, instrucción, rectitud y reposo, les daba quince y raya á los más viejos.

— ¿Qué dice usted del pronunciamiento de Puebla, Guillermo?

— Aquí el señor Lafragua, que es de la tierra, nos dirá lo que se debe opinar. En negocios de Puebla, los poblanos.

— Pues el señor de Lafragua, advirtió Iglesias, habló ya en una circular que ustedes verán impresa.

— Ten mucho cuidado de que no triunfe Miramón, ¡oh, Guillermo! porque si Santa Anna te mandó á Cadereita, éste te envía á Guaymas ó á Acapulco.

— Y lo que es Fidel se muere fuera de México; es más mexicano que las torres de la Catedral.

— Tienen ustedes razón, repuso el poeta; yo adoro á México de día, de noche, sucio, limpio, devoto, matón, aristócrata y leperusco. Lo adoro por sus casas desconchadas, por sus balcones cubiertos de orín, por sus calles fétidas, por sus costumbres monacales; y lo adoro por sus casas nuevas, por sus calles recién abiertas, por sus tiendas de barrio y por sus establecimientos lujosos. ¿Qué más? ¿Saben lo que me hacía falta en el destierro? Los gritos de mi amada capital, del México de mi alma. En las mañanas, al salir el sol, se oye el *carbón sióo*, agu-



D. JOSÉ MARÍA IGLESIAS

dísimo; el ronco acento de los que venden las manitas y el tiple de los que anuncian el mosco para los pájaros y los jarros de leche... Entre once y doce del día despiertan el apetito los que ofrecen las cabezas, las empanadas, los bollitos de á ocho... Me parecía ver á las vendedoras marchando ligeras con el *terra calentano* y la cecina, precediendo al que grita el requesón y el melado bueno, á la sebera de tiple agudísimo, á la melcochera y á la india que cambia tequesquite por venas de chile... Por la tarde me hacían falta los pregones de las hojarascas, la cuajada, los petates, las tinajas, y en medio de la lluvia, los elotes y la cadenciosa oferta de las nueces... Por la noche extrañaba los dúos de neveros, los solos de turroneas, las arias de atoleras, los coros de tortilleras y las romanzas de las vendedoras de fiambres y patos...

Pero no había ya quien oyera; con los primeros y otros que llegaron luego se habían ido formando grupos que se ocupaban sólo del politiqueo.

— Mientras Comonfort, opinaba Zarco, no se decida á llevar la reforma hasta sus últimas consecuencias, no contará con más elementos que los moderados. Un jefe de Estado que se consuela de estar mal con todo el mundo, diciendo que todos los que vean no sigue ningún partido extremo, se convencerán de que lleva la razón; que vive amancebado con la mentira, y forma de ella un sistema de gobierno; el que en esta tempestad des-

hecha no quiere mover su barca por no estrellarla contra un escollo ni dejar que las olas acaben con ella, y que la expone al mismo tiempo á encallar y á zozobrar, no puede salir bien de este peligro.

— ¡Comonfort es un demagogo!

— ¡Comonfort está vendido á los frailes!

— ¡Comonfort es un irresoluto!

— Comonfort, dijo la voz grave de Lafragua, es un hombre honrado, un hombre de bien, que sabe no conviene poner á los pueblos en disparaderos que después logran salvar difícilmente.

Y habría continuado la disputa, si Anarda no hubiera empezado á repartir tazas de chocolate á los rezagados, y tazas de té á los *tonistas* de la época.

Yo fuí de los tradicionalistas, pues aprecio tanto el chocolate, que capaz habría sido de escribir en latín un poema épico en su honor, como lo hicieron muchos frailes jesuitas.

Y como dicen que comida hecha, compañía deshecha, á poco de haber ingerido el soconuseo ó la infusión de salvia (que por tal diputé el té que servían) nos marchamos á nuestras casas.



Cerca de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían...